

## Economía y espacio en el Papaloapan veracruzano. Siglos XVII-XX\*

---

En primer lugar, quiero saludar la publicación de esta obra por una razón que para mí es fundamental: que es, como lo advierten los coordinadores en el "Prólogo", producto de un proyecto de investigación (Estudio histórico del proceso de conformación del Papaloapan) donde han participado estudiantes y jóvenes investigadores, varios de ellos autores de los ensayos que integran este libro. Considero que es tan importante la investigación histórica y sus resultados, como la formación de investigadores, es decir, enseñar a investigar, pensar y escribir la historia. Ello habla de vocación docente y generosidad hacia los jóvenes, algo que ha caracterizado la trayectoria académica del doctor José Velasco Toro.

También quiero destacar la confluencia de cuatro disciplinas: historia, antropología, arqueología y estadística, en un mismo tema de investigación: el Papaloapan veracruzano. Este tratamiento conjunto alrededor

de una temática es más revelador y útil que pomposas declaraciones de interdisciplinariedad. Y más importante aún es si se hace, como en este caso, en la perspectiva de historia regional.

En efecto, este trabajo de historia regional del Papaloapan veracruzano no se trata, como lo vemos muchas veces, de una historia nacional en chiquito, donde se manejan las mismas periodizaciones y temáticas que para nada impactan en la región de estudio; tampoco se restringen los límites de la región a los de un estado. En este caso se trata de la articulación de distintos aspectos de la configuración regional en una dimensión espacial e histórica. El resultado es la presentación de una región muy dinámica, que vemos cambiar y evolucionar en los distintos periodos históricos: a partir de su configuración en la época prehispánica se transformó en la Colonia, primero, con la preponderancia y auge de la estancia ganadera en el XVII y, después, paulatinamente y hasta el siglo XIX, con el cultivo del algodón; luego, con la consolidación y triunfo de la plantación de caña de azúcar en la segunda mitad del XIX y hasta el XX; posteriormente, con el auge y crisis de

\* José Velasco Toro y Luis Alberto Montero García (coords.), *Economía y espacio en el Papaloapan veracruzano. Siglos XVII-XX*, col. Investigaciones, Editora de Gobierno del Estado de Veracruz, Xalapa, 2005, 292 pp.

la plantación platanera durante la primera mitad del XX, y finalmente, con la plantación piñera desde comienzos del siglo XX hasta la actualidad. También vemos, en esa expansión, la irrupción del ferrocarril y cómo su ritmo y actividad desplaza hegemonías anteriores aunque éstas hayan sido consolidadas con apoyos presidenciales, como en el caso de Tlacotalpan. La geografía está presente y articulada en todos los textos ayudando a conformar una región y creando fronteras, no como un hecho determinante, como insisten los coordinadores de este volumen, pero sí de manera condicionante. Es el análisis histórico el que permitirá establecer hasta qué punto la geografía influye en la conformación del ámbito regional, en los vínculos entre las especificidades locales. No olvidemos que en muchos países, el Caribe y Centroamérica en especial, las fronteras nada tienen que ver con la geografía. Los autores tampoco olvidan que los escenarios geográficamente diferenciados están poblados de infinidad de actores sociales, políticos, económicos y culturales que en su actividad cotidiana, tanto individual y familiar como colectiva, contribuyen a la conformación de la región. La perspectiva regional adoptada por los autores tampoco desconoce la tensión entre lo general y lo particular, lo regional y lo

nacional, y lo nacional y lo internacional. En el análisis están presentes tanto la política modernizadora del Porfiriato como la expansión y demanda de productos tropicales de los países centrales con la construcción de los ferrocarriles y las embarcaciones de vapor. La articulación con el puerto de Veracruz, salida a ultramar, aparece como un elemento constante en la conformación histórica regional.

En el trabajo de Yovana Celaya Nández, sobre "La hacienda ganadera en el bajo Papaloapan y la formación y consolidación de un sistema económico de exportación en el siglo XVII", podemos apreciar con claridad lo que acabamos de decir. En este estudio de larga duración, que arranca en el siglo XVI con los cambios estructurales que llevan a la creación de la hacienda como sistema de explotación agrícola y ganadera, el análisis se centra en la productividad y en las relaciones laborales al interior de la hacienda. En él confluyen diferentes variables que integran una realidad y que explican en definitiva la expansión y consolidación de esta hacienda de ganado bovino en el siglo XVII, ante los requerimientos de una creciente demanda urbana que articula la economía de la región productora y la consumidora; mercado de consumo éste que se orientó fundamentalmente a la ciudad de Puebla.

De esta forma el trabajo de Yovana Celaya aporta importantes elementos de análisis al debate que en su momento abrió Ruggiero Romano en su obra *Coyunturas opuestas*,<sup>1</sup> en la cual sostiene que en general el siglo XVII fue una coyuntura de desarrollo económico y de expansión para Hispanoamérica colonial y no, como se había venido afirmando, de acuerdo al modelo español y aplicado a gran parte de Europa, de crisis secular y estancamiento.

Decíamos al comienzo que la modernidad capitalista significó mayor acercamiento y demanda a los mercados americanos; pero las consecuencias no sólo fueron los adelantos tecnológicos que podían proporcionar nuevos navíos y el ferrocarril, progreso y mayor expansión económica; también se vieron afectadas las relaciones regionales, locales, sociales, culturales e identitarias. Tal es el caso que trata el estudio de José Velasco Toro, donde se plantea que la importancia del comercio fluvial condujo a una disputa por la supremacía mercantil entre los pueblos ribereños de Alvarado y Tlacotalpan entre 1878 y 1879. La importancia que adquirió el comercio fluvial agudizó la competencia mer-

cantil y rompió el equilibrio que habían mantenido las dos plazas mercantiles principales de la cuenca del Papaloapan desde la época prehispánica hasta la Colonia y gran parte del siglo XIX. Alvarado y Tlacotalpan eran puertos de almacenaje y embarque de los productos procedentes de la cuenca del Papaloapan, la región de Los Tuxtlas, el Istmo y diversas zonas de Oaxaca; tenían funciones independientes y complementarias en la estructura del comercio regional. A medida que el tráfico mercantil crecía y aumentaban los capitales, se dejó sentir la competencia entre Tlacotalpan y Alvarado en la búsqueda del control del mercado regional. Resultan interesantes los avatares, ires y venires de la competencia entablada entre la elite de comerciantes de ambas localidades para asegurar el control del movimiento mercante, asegurando así el control económico y el dominio político regional. En este comercio vemos también una presencia importante del contrabando, otro de los elementos fundamentales sobre los que también insistía Romano se tomaran en cuenta para la comprensión de la economía hispanoamericana, ya que, afirmaba, aunque imposible de cuantificar, en ocasiones doblaba el comercio oficial. El conflicto entre Alvarado y Tlacotalpan estalla en 1878. En 1879, con la intervención del propio Porfirio Díaz, se dirime a favor de la

<sup>1</sup> Ruggiero Romano, *Coyunturas opuestas. La crisis del siglo XVII en Europa e Hispanoamérica*, Fideicomiso Historia de las Américas/El Colegio de México/FCE, México, 1993.

elite de comerciantes y propietarios de Tlacotalpan que se consolida como puerto de cabotaje. Sin embargo, el dinamismo de esta región es tal que el gusto les dura poco: el tendido del ramal ferroviario en Cosamaloapan entre 1909-1913, tema tratado por otro de los autores, la dejaría aislada del comercio sotaventito.

Más allá del conflicto económico y político, resulta interesante la afirmación de Velasco Toro en el sentido de que el intenso tráfico de embarcaciones, hombres y productos existente en los dos puertos les confirió a éstos un perfil y una identidad local muy marcados que se agudizaron durante el conflicto, al punto que, finaliza: “[...] se cerró la disputa comercial, pero no así el conflicto entre ambas poblaciones, competencia que fue trasladada al plano simbólico y de identidad local [...]”, donde la Virgen del Rosario representa a Alvarado y la Virgen de la Candelaria a Tlacotalpan.

A partir de un gran conocimiento de la región, de la hacienda y la industria azucarera, Luis Alberto Montero, en su trabajo “La construcción del ramal ferroviario Tres Valles-San Cristóbal en Cosamaloapan, 1909-1913”, además de mostrarnos la articulación factores que hacen posible el ferrocarril y el impacto regional que tuvo su llegada a la costa del Sotavento, nos informa de aspectos muchas veces ignorados en su cons-

trucción, como fueron las vicisitudes y dificultades de los constructores en el tendido y operación del ramal (clima, inundaciones, mano de obra, etcétera), no obstante las cuales, con improvisaciones, adversidades y deplorables condiciones de servicio, el tren llegó a su destino. La magnitud de los intereses en juego y las influencias que se movían eran tales que en la zona se habían barajado ya distintos proyectos y concesiones ferroviarias durante el Porfiriato; finalmente, la irrupción de un nuevo espacio azucarero incorpora la vía portátil a los ingenios de la cuenca y, más tarde, se construye el ramal Tres Valles-San Cristóbal, que aparentemente no era costeable.

Este trabajo nos regresa al principio, cuando hablábamos de la necesidad de hacer buenas historias regionales. Cuando lo leía, inmediatamente me saltó la interpretación que a veces se hace de la Revolución mexicana como una época de guerra y destrucción generalizada, paralización de la economía, etcétera. Por el contrario, en pleno periodo revolucionario, el bajo Papaloapan, y en especial Cosamaloapan, pasó a ser un importante polo de desarrollo azucarero, platanero y piñero gracias al ramal ferroviario que atravesó su rica comarca, aunque Tlacotalpan, como ya dijimos, no corrió con la misma suerte. Evidentemente que el fenómeno no es

monocausal y habrá que tener también en cuenta las características de la población, en general mestiza, el uso y propiedad de la tierra y la abundancia de agua; motivos de agudos conflictos en otras regiones.

A través del ensayo de Héctor Santamaría Paredes, "El 'oro verde' en la cuenca Baja del Papaloapan. Auge y crisis de la plantación platanera, durante la primera mitad del siglo XX", puede apreciarse la gran incidencia que han tenido en zonas tropicales húmedas las modernas plantaciones de plátano y el dinamismo de esta región. Debido a la demanda externa de productos tropicales y a la reorganización de la tenencia de la tierra y del uso del suelo, la antigua hacienda ganadera colonial se fue transformando y desapareciendo para dar cabida a cultivos comerciales. A partir del surgimiento de la plantación, a mediados del XIX —caracterizada por la utilización de mano de obra asalariada y la producción para el mercado externo y favorecida por la infraestructura básica de comunicaciones y transportes (ferrocarril y corrientes fluviales), el clima ideal de la zona de suelos tropicales con fertilidad, altitud y lluvia suficiente y la creciente demanda internacional del plátano, especialmente de Estados Unidos—, la dinámica zona del bajo Papaloapan nuevamente se transforma. En 1908 se introdujo el cul-

tivo del plátano roatan., hacia 1923 se exporta con regularidad hacia Estados Unidos y hacia finales de 1930 alcanzó su máximo esplendor aportando grandes recursos a los municipios productores. Múltiples factores, entre los que destacan desastres naturales, problemas sindicales, competencia entre las compañías, baja del precio internacional por sobreproducción, las plagas y la reforma agraria, llevaron al desplome de la producción platanera. Hacia la mitad del siglo XX la agricultura de la zona giró nuevamente y se comenzó a sembrar pasto para la cría de ganado y a cultivar piña y caña de azúcar, lo que originó un cambio económico y la reconfiguración del paisaje.

En este libro los autores se han referido en distintas oportunidades a Tlacotalpan, a sus épocas de auge económico y de estancamiento. Posiblemente, como hemos sabido de sus vicisitudes, enseguida concordemos con Rocío Sagahón Canales, quien, en su artículo "Restitución y dotaciones agrarias en Tlacotalpan, 1915-1940. Una reforma agraria coyuntural y necesaria", justamente plantea lo necesario que es la restitución y dotaciones agrarias a partir de la crisis que acarrea el ferrocarril —en este caso el malo de la película (aunque todos sepamos que a los buenos y a los malos hay que buscarlos en otra parte)—, y que se traduce en el aislamiento de

la Perla del Papaloapan, la desaparición o merma de muchas de sus actividades económicas y la desocupación de sus pobladores. Es en esta coyuntura que la ausencia de tierras ejidales o de uso común y la existencia de grandes y medianas propiedades privadas genera la presión y demanda de tierra en la cual trabajar; la posesión de la tierra y el agrarismo se convierten entonces en la mejor opción para sobrellevar la depresión económica de la localidad. Debido a su ubicación geográfica, al proceso histórico y a la coyuntura, la Revolución y la reforma agraria adquirieron en Tlacotalpan características específicas, lo cual nos alerta nuevamente sobre el peligro de las generalizaciones, aun dentro de una misma región.

“Plantación piñera en el ámbito del Papaloapan”, texto de Guadalupe Vargas Montero, aborda el proceso social y económico de la producción de piña en la región. El hecho de que este cultivo de plantación que inicia en los últimos años del Porfiriato continúe hasta nuestros días, permite a la autora combinar el trabajo histórico con el etnográfico. Al igual que el plátano, aunque destinada también al consumo interno, la producción de la piña se inscribe en el proceso de creación de zonas agrícolas especializadas en productos tropicales y de plantación destinadas a la exportación, especialmente a Estados Unidos. A

partir del estudio del surgimiento histórico de la plantación en el ámbito regional, se abordan las peculiaridades del cultivo de la piña en relación con la tenencia de la tierra, el uso del suelo y los actores sociales involucrados. Resulta esclarecedor en este proceso el papel que juegan las peculiaridades geográficas y las alteraciones que han sufrido éstas por las distintas ocupaciones del suelo hasta el grado de destruir los ecosistemas.

Los trabajos publicados en esta obra abordan distintos temas económicos de una región. A menudo aparecen en sus páginas diferentes actores sociales, especialmente las elites: comerciantes, propietarios de la tierra y empresarios locales, nacionales y extranjeros; también la mano de obra: campesinos, peones y trabajadores, así como los trabajadores de otros estados que migran al campo y a los ingenios azucareros, los grupos de familias que se asientan en el trayecto del ferrocarril, los agraristas, los sindicalistas, los ejidatarios; pero querríamos saber más de ellos. Sabemos que la documentación oficial que tan abundantemente se maneja en este libro, los desdibuja y oculta a pesar de su importancia cultural y social; por ello, indios, mestizos, negros y mulatos, clases populares en general están poco presentes en estas historias. Me atrevo a plantear esta cuestión no en tono de crítica, sino

convencida de que al brillante grupo de jóvenes historiadores que participa en este volumen —dado el conocimiento de la región y el manejo de las fuentes que tienen—, se le abre otra gran veta de investigación y de que, por ello mismo, sabrán encontrar a dichos actores sociales casi ausentes en sus culturas, religiosidad, viviendas, alimentación, resistencias, rebeldías, pasividad y resignación. Lo planteo pues, en tanto que una característica de todos los trabajos que no puedo dejar de subrayar, es la impresionante información documental citada —extraída de una gran variedad de archivos consultados y complementada, en algunos casos, con el trabajo etnográfico de campo— y sabiendo que varios de los autores de

esta obra han comenzado a incursionar en esa dirección.

Para terminar, no me queda más que felicitar a los autores y a los coordinadores, José Velasco Toro y Luis Alberto Montero García, por ofrecer nos este excelente libro de historia regional a través del cual hemos hecho un recorrido de varios siglos por el bajo Papaloapan: a caballo, en los vapores, en carretas de bueyes y mulas y en el ferrocarril, mientras saboreamos azúcar, piloncillo, aguardiente de caña y deliciosas frutas tropicales como el plátano y la piña.

*Hilda Iparraguirre Locicero*  
Escuela Nacional de  
Antropología e Historia